

Desmenuzando unos textos empapados de vida

Invitación gozosa la que se nos hace al inicio de la liturgia eucarística de este domingo tercero de Pascua: *“Aclamad al Señor, tierra entera, tocad en honor de su nombre, cantad himnos a su gloria”*. Pertenece esta jubilosa invitación que se nos hace, al salmo 65/66. La razón para tanta alegría es que **“Xto, rotas las cadenas de la muerte, ascendió victorioso del sepulcro”** como así se celebra con gozo en el pregón pascual.

La referencia a la resurrección es central en el cristianismo, pues simboliza la victoria sobre la muerte y el cumplimiento de la promesa de salvación. La frase también resalta el sacrificio de Cristo por su “grey”, es decir, por su comunidad de fieles. Su entrega total, incluso hasta la muerte, es interpretada como un acto de amor absoluto y redentor.

Este misterio de fe transmite un mensaje de consuelo y esperanza, recordando que su glorificación no es solo un acontecimiento histórico o teológico, sino una invitación a confiar en el amor y la protección del Hijo de Dios.

El Evangelio de este domingo tercero, nos muestra a Jesús apareciéndose a los apóstoles que habían ido a pescar con Pedro; les pregunta si tienen algo que comer. No lo reconocen, solamente Juan se da cuenta de quién es. Se reconoce a quien se ama y cuanto más se ama, el reconocimiento es más fácil y mayor, puesto que se ven aspectos que otros no ven.

Si conocemos en la medida que amamos, el amor se convierte en una fuente singular de percep-

ción. Así lo afirma S. Gregorio Magno en fórmula clara y precisa: *“el mismo amor es conocimiento”* (ipse amor notitia est).

Pero la fuente del conocimiento es el seguimiento. Fue la experiencia de los primeros llamados, tal como se relata el evangelio de San Juan: *“Ven y verás”* (Jn 1, 46). Seguir a Jesús significa vivir donde Jesús vive y cómo Él vive. De este modo, quien va tras sus huellas se convierte en vidente. S. Gregorio de Nisa escribirá: *“Ver a Dios es seguirle donde quiera Él conducirnos”*



Nadie nos conoce como Jesús, porque nadie nos ama como Él. Quien saborea en su interior esta verdad se siente profundamente agradecido y, con la gratitud, actualizamos, constantemente, la fuente más original de la dicha: el ser amados por el Altísimo; pero no hemos de olvidar, que el reconocimiento del don recibido está profundamente vinculada a la virtud de la humildad.

El agraciado es consciente de que es un mendigo de Dios y nada le hace más venturoso. Solamente los humildes pueden recorrer el camino del amor que se transforma en visión. Para que esto sea una realidad en nuestra vida, el Papa Francisco nos muestra toda una pedagogía. **“Deja que Jesús venga a ti, sane tus heridas y te enseñe a ver con el corazón”**. Quien ve con el corazón, ve con los ojos del amor y le sigue.

¿Qué implica la invitación que Jesús hace a Pedro y en Pedro a todos nosotros?

- **Oración constante:** una breve reflexión al comenzar el día, un agradecimiento antes de dormir o una conversación sincera con Dios en cualquier momento fortalece tu relación con Él.

- **Actuar con misericordia:** Jesús enseñó a amar al prójimo. Mostrar respeto, paciencia y ayuda a los demás, incluso en lo cotidiano, es una forma de vivir el Evangelio.

- **Ser justo y honesto:** en el trabajo, en la familia, en la sociedad, la integridad es clave. Un cristiano busca actuar con rectitud y transparencia.

- **Servir con humildad:** significa poner el bienestar de los demás por encima del propio ego, sin buscar reconocimiento ni recompensa. Es actuar con generosidad y desprendimiento, entendiendo que el servicio no es una demostración de poder, sino un acto de amor.

- **Perdonar y pedir perdón:** no es fácil, pero liberar el corazón del resentimiento y buscar la reconciliación transforma la vida.

- **Valorar lo sencillo:** la gratitud y el reconocimiento de las bendiciones diarias nos ayudan a vivir con plenitud y alegría.

- **Comunidad y testimonio:** El cristianismo es un camino comunitario. La fe se vive en comunidad y el testimonio de vida es clave para compartir el mensaje del Evangelio.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 29, 2 y 4. 5 y 6. 11 y 12a y 13b

T Te ensalzaré, Señor,
porque me has librado
y no has dejado
que mis enemigos se rían de mí.
Señor, sacaste mi vida del abismo,
me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa.
Tañed para el Señor, fieles suyos,
celebrad el recuerdo de su nombre santo;
su cólera dura un instante,
su bondad, de por vida;
al atardecer nos visita el llanto;
por la mañana, el júbilo.
Escucha, Señor, y ten piedad de mí;
Señor, socórreme.
Cambiaste mi luto en danzas.
Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre.

Este salmo 29 tiene esta anotación: “*canto para la dedicación de una casa*”. No cabe duda que esta casa es el templo de Jerusalén reconstruido después del exilio de Babilonia, tal como se nos narra en el libro de Esdras 5-6.

Es esta gozosa solemnidad el origen de la fiesta llamada de la Hanukkah; es la fiesta de la luz y la luz es la fuente de la vida.

Con la reconstrucción del templo, toda la comunidad de Israel volvía a la vida después de la terrible situación de muerte que había sido la experiencia

terrible del destierro. Cuando el pueblo de Dios bajaba a la fosa; es decir: cuando corría el peligro de desaparecer, el Dios fiel les hizo “revivir” haciéndoles volver a la tierra prometida y poseída, puesto que la habían recibido como herencia.

Es, por tanto, un canto de gratitud y confianza en Dios, donde el salmista reconoce cómo el Señor lo ha librado de la angustia y la adversidad. Es un texto que refleja la transformación del sufrimiento en alegría, destacando la fidelidad de Dios en los momentos de oscuridad.

Lo que celebra el salmo, que fue un anticipo en el pueblo escogido y amado por Dios, se hace plenitud en Jesús.

Contemplando y celebrando “*la incomparable ternura y caridad*” -como se canta en el pregón pasqual- de Dios manifestada en la resurrección de Jesús, la Iglesia no puede por menos que pedir «despertar a la luz de la vida» que solo es posible «por la renovación del Espíritu», fruto de la donación generosa de Cristo, a fin de poder celebrar y cantar lo que en el salmo se afirma: “*sacaste mi vida del abismo me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa*”. De la alabanza gozosa nace la confesión de la fe verdaderamente creíble.

San Ambrosio afirmará “Cuanto más contemplamos a Dios, más fuerte se hace la necesidad de alabarle” cfr “El alma” 7.57.



En la fuente de agua viva

**Catedral de Oviedo
Sancta Ovetensis**

DOMINGO III DE PASCUA “C”

Un texto para guardar en la memoria del corazón



Juan 21, 1—19

D Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». Él le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis corderos». Por segunda vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Él le dice: «Pastorea mis ovejas». Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?».

Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: «¿Me quieres?» y le contestó: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras».

Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme».